

Cabildo Kunalungo: una huella en el tiempo

MARÍA E. VINUEZA

El *Cabildo Kunalungo*, está situado en una de las zonas periféricas de la ciudad villaclareña de Sagua la Grande, Cuba, el popular barrio de Pueblo Nuevo. Fue constituido como agrupación estable hacia las últimas décadas del siglo XIX y quedó asentado oficialmente como *Sociedad San Francisco de Asís* en 1909. Desde su fundación y hasta las primeras décadas del siglo XX el Cabildo Kunalungo fue un importante centro de reunión para la población africana radicada en la localidad y sus descendientes cubanos, así como para otros grupos humanos que se desplazaban desde otras áreas urbanas y rurales de la región centro-occidental del país como Lajas, Remedios y Cienfuegos.

Los fundadores del Cabildo y por tanto su núcleo fundamental, fueron antiguos esclavos de procedencia étnica y cultural bantú, identificados por el resto de la población como *congós*. Muchos de ellos, al parecer, fueron emigrando desde plantaciones cercanas a la localidad de Sagua y concentraron una buena parte de sus viviendas en el barrio de Pueblo Nuevo, especialmente en las calles Aguilera y Flor Crombet. Para construir el local original del Cabildo, fue adquirido un terreno situado en la calle Zayas entre Heredia y Betances.

La fiesta anual del Cabildo quedó dedicada a conmemorar el día de San Francisco de Asís, que según el santoral católico corresponde al mes de octubre, llegándose a prolongar desde el 2 hasta el 12 de ese mes.

Al principio la participación en esa fiesta se limitó a los africanos y sus descendientes, pero paulatinamente se fue extendiendo al resto de la población hasta convertirse en un culto sincrético

popular, practicado no sólo por la población negra sino también por los sectores blancos y de mayores posibilidades económicas dentro de la población local.

La fiesta anual del Cabildo se iniciaba el día 2 de octubre con el traslado de la imagen católica de San Francisco a la iglesia; allí debía permanecer hasta el día siguiente. El día 3 la imagen se sacaba de la iglesia acompañada de una procesión que recorría las calles principales de la ciudad. Hasta la línea del tren, la procesión era seguida por la Banda de Música de la municipalidad y en ese punto le aguardaba el conjunto instrumental del Cabildo, que se encargaba de acompañar el santo hasta la misma puerta de su casa-templo. Ya en el interior del local, la imagen de San Francisco se colocaba en el altar y la comitiva depositaba frente a ella las velas y flores que cada uno llevaba durante la procesión.

Paralelamente a esto, desde el mismo día 2 comenzaban los preparativos de la fiesta con el remozamiento del local, la decoración del altar, la elaboración de los alimentos y la preparación de los instrumentos musicales.

Al caer la tarde del día 3 se reunían todos los devotos de San Francisco y se daba inicio al *toque de makuta*, presidido por las máximas jerarquías del Cabildo y con la participación de los tamboreros y cantantes principales. En primer lugar se hacía un foque *de marcha* destinado a saludar a San Francisco y a la presidencia del Cabildo. A continuación se realizaban una serie de cantos, toques y danzas que respondían a un orden ritual. La particularidad y complejidad de estas expresiones musicales y danzarias exigía de los participantes un determinado nivel de

conocimiento y de especialización. Entre los ejecutantes más destacados se recuerda a los tamboreros José Isabel Rosendo (Pabé), Tiburcio Cabrerías, Pedro Alfonso Samá y Eusebio Arenas quien fue sin duda el mejor *cajero* del Cabildo; y a los cantantes Leonarda Martí, Pepe Cachal, María Chiquita, Isidora Alfonso Samá, Aleida Guardado y María Brígida Rosendo.

A las doce de la noche se efectuaba una ceremonia especial que se conocía como *saludo* o *marcha de la bandera*, tradicionalmente ejecutada por Lázaro García, abanderado oficial del Cabildo hasta su fallecimiento.

El abanderado debía bailar portando la insignia del Cabildo por espacio de cuarenta y cinco minutos aproximadamente, seguido en su recorrido por todos los participantes. Ondeando la bandera saludaba la imagen de San Francisco, los rincones de la casa, la entrada del local y los tambores de la *makuta*. Luego se dirigía hacia el pozo que se encontraba en las afueras de la casa y allí efectuaba el saludo a la deidad o *fundamento* que habitaba en él. Este pozo, según consta en la tradición oral, fue cavado por los congos fundadores del Cabildo para depositar uno de sus principales objetos de culto, el fundamento mágico de Kunalungo.

De la ceremonia anterior Fernando Ortiz ofrece algunos apuntes en su libro *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*, que pueden contribuir a completar los datos ofrecidos por nuestros informantes; Ortiz señala:

"También observamos la que puede ser una antigua danza cortesana en homenaje al dios y al rey. La titularíamos el *Baile de la Bandera* pues las dos hileras de danzantes avanzaban rítmicas y quedamente tras una bandera azul que llevaba un abanderado haciendo figuras ondeadas con ella y luego, de súbito, se inclinaban todos e iban rápidamente reculando hasta el lugar donde iniciaran la pantomima"/.../

"Otro baile tuvo por objeto una procesión o marcha desde los tambores a un pozo donde estaba el "fundamento" mágico del Cabildo/... Allí se le cantaba a éste, llamado *Yanga*" (1981: 388-389).

Al terminar el saludo al pozo, el abanderado regresaba bailando al interior del local y daba por terminada su actuación. Entonces se volvía a reanudar el toque de *makuta* hasta las dos o tres de la madrugada.

Al concluir el toque de *makuta* se retiraban los tambores rituales y se continuaba la fiesta con cantos y bailes de *rumba* acompañados entonces por *tumbadoras* y *cajones*. La *rumba* se hacía sólo con fines de diversión y a ella se sumaban rumberos de diversas regiones que acudían a la fiesta con ese fin. Todos los presentes cantaban y bailaban *rumba* hasta las siete u ocho de la mañana, hora en que finalmente se retiraban a sus casas para descansar.

A las dos o tres de la tarde los interesados en la fiesta comenzaban a reunirse de nuevo en el local, en espera de la ceremonia religiosa que debía reanudarse sobre las seis de la tarde. Mientras tanto los cantos y bailes de *rumba* resultaban apropiados para llenar el tiempo y el interés festivo de los participantes. Una vez reiniciado el toque de *makuta*, volvían a repetirse las ceremonias y las acciones músico-danzarias ocurridas el día anterior: el saludo inicial, los cantos, toques y bailes de *makuta*, el baile de la bandera y por último la *rumba*. Al día siguiente la fiesta retomaba ese mismo orden de acontecimientos hasta convertirse en un verdadero ciclo que sólo finalizaba en la madrugada del 13 de octubre.

Durante estos toques rituales, podía presentarse el estado de trance o posesión en alguna de las personas presentes, especialmente entre aquellas de avanzada edad que de modo individual conservaran sus prendas o fundamentos particulares.

Es quizás a esto a lo que se refiere Fernando Ortiz cuando narra:

"En *Kunalumbo* presenciamos algunos -bailes- de tipo erótico, casi inequívocamente lascivo bailado solamente por una mujer que parecía arrebatada por un frenesí dionisiaco, como una bacante, entre una masa de espectadores entusiasmados que la acompañaban en su estribillo" (1952:435).

Otro momento importante de la fiesta era la comida colectiva que tenía lugar en uno de los días de la fiesta. Se trataba de un sacrificio ritual de aquellos animales que tradicionalmente debían ser ofrendados a las *prendas* o *fundamentos* del Cabildo para que su sangre fortaleciera los poderes mágicos de las mismas. La carne de esos animales era cocinada y se brindaba junto a otros alimentos a todas las personas presentes.

Una norma muy significativa de esta comida colectiva era la de colocar una porción de cada

uno de los alimentos elaborados, ante los objetos de culto, incluyendo a la imagen de San Francisco y al *tambor de fundamento*. También se les mantenía con velas encendidas durante el día y la noche. Entre los alimentos que se acostumbraban a preparar para esta comida se recuerdan las bolas del *luco* que se preparaban con harina y el quimbombó, guisado con pollo o gallina. Como bebida se brindaba aguardiente de caña, identificada por los congos con el término *malafo*. Para la comida todos los participantes se reunían en el interior del Cabildo y los alimentos se servían sobre hojas de plátano extendidas en el suelo, al centro de la habitación principal. No se utilizaban cubiertos, sino que cada uno debía llevarse los alimentos a la boca con los dedos.

En la actualidad el complejo ritual festivo del Cabildo Kunalungo se encuentra en un proceso irreversible de desintegración que se inició desde los años anteriores a 1959 y motivado por la pérdida de las condiciones históricas y sociales que justificaron su existencia, la muerte de los portadores originales y la transformación paulatina de muchos aspectos objetivos y subjetivos que determinaban la actividad ritual y social del grupo. Este proceso de desintegración necesariamente se vio acelerado con el triunfo de la Revolución y los profundos cambios que se provocaron en la estructura económica, social y educacional de la población que históricamente estuvo vinculada a estas formas de culto. En la década del cuarenta un litigio judicial provocó que el Cabildo perdiera el terreno que le había pertenecido desde su fundación, obligando al núcleo portador a mudar el local hacia un terreno cercano, situado en la calle Betances entre Zayas y Lacre. En lo posible, los objetos rituales fueron trasladados y los integrantes del Cabildo trataron de reconstruir las condiciones del local original; sin embargo no fue posible evitar la pérdida del pozo ritual, que unos años más tarde fue tapado definitivamente.

Después de 1959 cesó la costumbre de realizar la procesión y los días de la celebración quedaron limitados del 3 al 5 de octubre. La muerte de los más antiguos cantantes y tocadores provocó una ruptura en la lógica transmisión de las tradiciones orales del grupo y de modo espontáneo se fue reduciendo el número de personas interesadas no sólo en participar de la fiesta sino también en aprender las formas particulares de expresión musical y danzaria, que en tiempos atrás habían caracterizado las fiestas de Kunalungo.

Ya en nuestros días -1989- la actividad del Cabildo se limita a la familia Samá y a un reducido número de personas que se reúnen en

la fecha festiva para rememorar las actividades rituales más significativas como son: la velada a San Francisco y la decoración con flores y velas de su altar, los cantos y toques de makuta y el saludo de la bandera. Este último ya no posee carácter de danza, sino que se reduce a ondear brevemente el estandarte y a pasar su tela por la frente y el cuerpo de los presentes.

La presencia en el Cabildo de los hermanos Pedro e Isidora Alfonso Samá ha contribuido a que sea la música uno de los componentes mejor conservados dentro de la celebración festiva. Aún se distingue un amplio repertorio de cantos y el comportamiento rítmico y tímbrico esencial del antiguo toque de makuta.

Los cantos del Cabildo Kunalungo se acompañan con un conjunto instrumental que está integrado por dos membranófonos de golpe directo diferenciados en las dimensiones y morfologías de sus cajas acústicas. El tambor mayor o *caja* identificado también como *ngoma*, *nsumbi* o *Catalina*, tiene la caja acústica en forma tubular, abarrilada, construida con duelas de roble y con la membrana de cuero de chivo sujeta por medio de un sistema de aros apretados con seis llaves de metal.

La superficie externa de la caja está pintada con tres franjas de color azul, blanco y rojo respectivamente, con un escudo de la República de Cuba, que aparece como motivo central de la decoración. En el área central de la membrana se coloca el *ndimbo*, sustancia elaborada con dulce de guayaba y tela de araña y que se distribuye en círculo con el fin de modificar el resultado acústico del instrumento. El tambor menor es actualmente un *tambor de yuka*, que sustituyó al *kimbandu* original. Tiene una morfología de membranófono de caja tubular cilíndrica y con la membrana clavada. Su superficie exterior está pintada de rojo.

Durante la ejecución el tocador de la caja se mantiene de pie y coloca el tambor frente a él, ligeramente inclinado, sosteniéndolo con una cuerda que se ata a la cintura. Con ambas manos libres percute sobre diferentes puntos de la membrana. El tocador del kimbandu también se mantiene de pie pero puede utilizar dos formas de ejecución. En la primera percute con ambas manos sobre la superficie de la membrana; y en la segunda, combina la percusión de una mano sobre la membrana y la percusión sobre la superficie de madera de la caja que ejecuta con un palo sostenido en la mano contraria.

Cuando se aplicaba la primera variante de ejecución, se acostumbraba a incorporar a otro tocador que se encargaba de repicar con dos palitos sobre la superficie de madera del kimbandu. A esto se le llamaba *góngolo*.

Otra costumbre de los tamboreros que ya no se conserva es la del uso de pequeñas maracas atadas a las muñecas del cajero. Estas maraquitas se construían con güira y se denominaban *nkembi*.

A este conjunto instrumental de dos membranófonos se suma una pequeña campana con badajo que sostiene la cantante principal en sus manos, con la cual va llevando el pulso métrico del toque y del canto y que también le sirve para indicar el final del mismo.

La caja o tambor mayor del conjunto instrumental de la makuta también posee una significación ritual debido al proceso consagradorio al que fue sometido y las consideraciones especiales con las que se le ha conservado. De ahí que sea necesario realizar cada año una ceremonia que se conoce como *dar de comer al tambor* y que tiene lugar el 2 de octubre. De acuerdo con las observaciones de Fernando Ortiz, esta comida incluye el sacrificio de un gallo, la sangre y las vísceras del animal sacrificado, jengibre, pelotas de maíz con ñame, sacusacu, pimienta de guinea, sahumeros de tabaco, aguardiente, manteca de corajo y velas encendidas. (1952: 441).

En correspondencia con el carácter sagrado del tambor, los ejecutantes son sometidos a ritos de consagración antes de permitirseles tocar por primera vez la caja y después deben cumplir una serie de exigencias rituales para garantizar su participación en la fiesta.

Antiguamente los tambores de makuta no sólo eran utilizados con una función festiva ya

que también se tocaban cuando fallecía algún miembro del Cabildo. Generalmente la persona era velada en el propio local del Cabildo, pero sí se decidía velarlo en otro lugar los tambores eran trasladados hasta la casa del difunto para realizar allí los toques y cantos necesarios.

En la actualidad los tambores permanecen siempre en el local y son custodiados por quien ha quedado como tamborero y representante principal del Cabildo, Pedro Alfonso Samá; su esfuerzo personal y el interés demostrado por aquellos que se mantienen cercanos a estas prácticas rituales festivas, han hecho posible que estos instrumentos hayan llegado a nuestros días en un perfecto estado de conservación, lo cual los convierte en piezas únicas y de extraordinario valor histórico y musicológico dentro del patrimonio cultural de Cuba.

Bibliografía

- CIDMUC. Departamento de Investigaciones. Fundamentales
- 1986 *Informe de Trabajo de Campo: provincias de Villa Clara y Sancti Spíritus*. Ed. Ligera CIDMUC. Ciudad de La Habana.
- Ortiz, Fernando
- 1952 *Los instrumentos de la música afrocubana* vol III. Ed. Dirección de Cultura del Ministerio de Educación. La Habana.
- 1981 *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*. Ed. Letras Cubanas. Ciudad de la Habana.
- Ma. Elena VINUEZA (Cuba)
Investigadora del Centro de Investigación y Desarrollo de la Música Cubana, CIDMUC.